

PARTE DÉCIMA

I°

Después de la terrible quema de cristianos en los jardines del César, las cárceles quedaron casi vacías, y, si bien se continuó cazando á los sospechosos de profesar la *superstición oriental*, su número era ya tan exiguo que apenas podía ser suficiente para los sucesivos espectáculos, no obstante tocar éstos á su término. El pueblo, ahito de sangre, mostrábase indiferente á la matanza, é inquieto á consecuencia de la extraña y singular manera como los condenados morían. De los temores del supersticioso Vestinio participaban muchos ciudadanos, y entre la gente del pueblo se referían cosas realmente extraordinarias y hacíanse vaticinios terroríficos. Contribuía al malestar general la propagación de la fiebre carcelaria. De trecho en trecho se encontraban por las calles cortejos fúnebres, y el número de defunciones aumentaba de tal suerte que se llegó á creer que habían empezado á cumplirse los augurios siniestros, y en voz baja hablaban los más medrosos de ofrecer sacrificios expiatorios para aplacar la cólera del nuevo y desconocido Dios. En tanto se llevaban millares de ofrendas á los templos de Júpiter y de Libitina... A pesar de los esfuerzos de Tigelino y sus cómplices, tomaba mayor cuerpo cada día la creencia de que se había pegado fuego á Roma por orden del César y de que los cristianos eran inocentes.

Y por esta razón precisamente, el Emperador y Tigelino prefirieron continuar las ejecuciones, procurando calmar la cólera y la agitación del pueblo con nuevos repartos de trigo, vino y aceite, y atraerse la voluntad de los ciudadanos acomo-

dados, promulgando disposiciones en virtud de las cuales se facilitaba la reedificación, no sin acompañarlas de algunas reglas respecto á la longitud de las calles y á los materiales que deberían emplearse en los nuevos edificios, á fin de dificultar en lo porvenir que los incendios se propagasen, adquiriendo las vastas proporciones del que meses antes había asolado la Ciudad. El César tomó parte directa en las deliberaciones de los *padres conscriptos* (1) con el objeto de dar á entender que se interesaba en todo lo concerniente al bienestar del pueblo y á la reconstrucción de la Ciudad. Mas no otorgó gracia alguna, ni tuvo una sola palabra de conmiseración para los infelices condenados, cual si temiese que el menor indicio de clemencia pudiera dar pábulo á la sospecha de que no eran ellos los incendiarios. Tampoco se levantó en el Senado en su defensa ni una sola voz, pues unos temían las consecuencias de atraer sobre su cabeza la venganza del Emperador, y otros estaban bien convencidos de que la nueva doctrina minaría los cimientos en que se asentaba la dominación romana.

Vinicio había perdido en absoluto toda esperanza de salvar á Ligia de la muerte; y, por lo que toca á las cosas terrenas, su única aspiración estribaba en poder enterrar el cuerpo de su amada en el sepulcro de familia, aspiración que no dudaba podría satisfacer, porque la ley romana, respetuosa con los muertos, entregaba los cadáveres á los parientes. Desligado de cuantos lazos le mantenían sujeto á este mundo, absorto, preocupado exclusivamente con la idea de la eternidad y el amor de Cristo, solo soñaba en unirse á Ligia en la mansión celestial. Tenía profundamente arraigada la fe, hasta el punto de reputar por más verdadera la eternidad que esta mísera vida de tránsito, y anhelaba como el mayor bien la liberación de su alma, así como la de otra alma amada, de todo vínculo terreno; únicamente impetraba de Cristo que librase á Ligia del martirio y le concediese la gracia de dormirse para siempre en la misma cárcel. En presencia de aquel mar de sangre derramada, estimaba como un pecado implorar la misericordia divina para la salvación de Ligia, pues hasta los Apóstoles Pedro y Pablo, según sus propios vaticinios, debían sufrir el martirio. Además, la muerte de Quilón le había enseñado que aun en el suplicio de la cruz podía hallarse inefable dulzura.

(1) Senadores.

Y únicamente suspiraba por que la muerte llegara presto para entrambos, como el término de una realidad triste y dolorosa. Ya no luchaba contra las enrespadas olas, ya no sufría; dejábase llevar por la corriente, bien persuadido de que ella le conduciría á la perenne felicidad, sospechando que también Ligia se preparaba para emprender el vuelo hacia el Paraíso, y que, si bien separados por los muros de la cárcel, en realidad iban juntos hacia la muerte; y esto le llenaba de júbilo y de consuelo.

En efecto, marchaban juntos; y con tanta armonía en los deseos, como si todos los días se hubiesen comunicado sus pensamientos. Ligia no sentía otras aspiraciones ni abrigaba otras esperanzas que las del más allá; consideraba la muerte no sólo como una liberación de la cárcel, de las manos del César y de Tigelino, no sólo como el medio de entrar en la vida eterna, sino como el feliz momento de reunirse para siempre con Vinicio. Por virtud de esta fe profunda, todo lo demás era para ella cosa deleznable y baladí. Con la muerte empezaba la felicidad; una felicidad que algo conservaba de terrena, en sentir de Ligia, porque la esperaba como la desposada espera el banquete nupcial.

Aquella caudalosa corriente de fe, que arrancaba de la tierra y llevaba á la otra vida á tantos y tantos cristianos de los primeros siglos de la Iglesia, invadió también el alma ingenua y sencilla de Oso. Al principio no podía resignarse á ver morir á su reina y señora; pero cuando llegaron á la cárcel las noticias de lo que ocurría en el anfiteatro y en los jardines cesáreos, cuando el martirio fué considerado como suerte común é inevitable de todos los cristianos y al mismo tiempo como el mayor bien apetecible, no se atrevió ya á impetrar de Cristo que salvara á Ligia, por no privarla de aquel bien superior á cuanto la mente humana podía concebir. Aunque le habían enseñado que delante de Dios todos los seres humanos son iguales, su inteligencia tosca y sencilla de bárbaro no podía concebir que á la hija de un rey, y de un rey de todos los ligios por añadidura, no se le habían de conceder mayores bienes celestiales que á la gente de más infima categoría, y que en la gloria eterna no se hubiese de sentar más cerca del Cordero que los demás. Confiaba también en que Cristo le permitiría en la otra vida continuar siendo servidor de Ligia. Con respecto á sí, solamente alimentaba en su corazón un secreto deseo: el de

morir crucificado como el Divino Cordero. Pero como este género de muerte le parecía la suprema felicidad, aunque en Roma eran condenados al suplicio de la cruz los más empedernidos criminales, no osaba pedir semejante gracia. No obstante, le angustiaba la idea de tener que morir entre las garras de las fieras. Siendo todavía niño, era su diversión favorita la caza de los animales feroces en los bosques vírgenes de su país, y gracias á su extraordinaria fuerza había adquirido celebridad entre los ligios antes de llegar á la edad viril. En Roma sentía la nostalgia de esta arriesgada ocupación, y la vista de las fieras en las jaulas ó en los anfiteatros le estimulaba el deseo casi irresistible de entablar con ellas sangrientas luchas. Por este motivo surgía en su alma el temor de que al encontrarse en frente de las del circo le acometiesen pensamientos y deseos indignos de un cristiano.

El ligio pasaba la mayor parte del día orando, prestaba diferentes servicios á los demás presos, auxiliaba á los carceleros en sus tareas, y dirigía palabras de consuelo á su señora cuando ésta se lamentaba de no haber podido realizar en el breve curso de su vida tantas buenas obras como Tabita, venerable mujer cristiana (1), cuya vida le había relatado el Apóstol Pedro. Los carceleros, á quienes imponía respeto la fuerza descomunal del gigante, llegaron á amarle por su mansedumbre. Alguna vez, admirados de su docilidad, le preguntaban el por qué de ella, y hablábales Oso con tan profunda convicción de la felicidad que le esperaba en la vida futura, que aquéllos le escuchaban asombrados, pues por primera vez les acontecía oír que se considerase feliz un hombre encerrado en tan repugnantes subterráneos. Escuchándole, muchos de aquellos hombres pensaban cuán abyecta era su condición de esclavos, cuán misera y triste su vida, y cuánto más apetecible era la muerte; pero la muerte les llenaba de espanto porque no vislumbraban tras ella bien alguno, en tanto que aquel coloso y aquella virgen semejante á una flor echada sobre el montón de paja que le servía de lecho, iban á su encuentro con alegría, como al encuentro del supremo goce.

(1) Citada en los *Hechos de los Apóstoles*, IX, 36 á 40.

II

Una tarde Petronio recibió la visita del senador Scevino, con el cual tuvo una larga conversación acerca del César y de los calamitosos tiempos que Roma atravesaba. Hacía alarde Scevino de tanta franqueza, que el *Árbitro* consideró prudente ponerse en guardia, no obstante alejar de su alma toda sospecha de traición la antigua amistad entre ambos existente. Deploraba Scevino que todo anduviese de mal en peor; que la iniquidad triunfara de la honradez, y en fin, que las cosas tomaran tal sesgo, que Roma estaba amenazada de un desastre todavía más terrible que el incendio. Agregaba que entre los augustales cundía el descontento; que Fenio Rufo, segundo jefe de los pretorianos, soportaba con poca resignación la odiosa supremacía de Tigelino; que todos los parientes de Séneca estaban alarmados por la conducta del César respecto del viejo filósofo, conducta no muy diferente de la observada con Lucano, y que no sólo había trascendido al pueblo el descontento, sino también á los pretorianos, muchos de los cuales habían demostrado especial predilección por Fenio Rufo.

—¿Y por qué me dices todo eso?— preguntóle Petronio.

—Por el afecto que profeso al César— respondió el otro.— Uno de mis parientes, el cual lleva mi propio nombre, sirve entre los pretorianos, y él me tiene al corriente de lo que éstos piensan y desean... El disgusto se extiende á todas las filas... Calígula era también un loco, y mira lo que ocurrió: surgió un Casio Quereas... (1). Fué un crimen espantoso; no creo que entre nosotros haya quien lo apruebe... mas no puede negarse que Casio libró al mundo de un monstruo.

—En otros términos— contestó Petronio,— tú quieres decir: «No elogio á Quereas; pero Quereas fué un hombre que nos vino como llovido del cielo, y ¡ojalá nos concedan los dioses otro como él!...» ¿No es esto?

Cambiando de tema, Scevino empezó á elogiar, sin ambages ni rodeos, al senador Pisón, hablando con encomio de su prosapia, de su nobleza, de su fidelidad conyugal, de su talento

(1) Tribuno que asesinó á Calígula.

y del admirable tacto que siempre había demostrado para captarse las simpatías de los que le rodeaban.

—El César—añadió—no tiene hijos, y todos consideran á Pisón como su natural heredero. Indudablemente, pocos se negarian á ayudarle á conquistar el poder; cuenta con la adhesión incondicional de Rufo; Plaucio Laterano y Tulio Seneción están prontos á sacrificarse por él, y lo mismo puede decirse de Natalio, de Subrio Flavio, de Sulpicio Aspero, de Afranio Quinciano y también de Vestinio.

—En cuanto á éste—observó Petronio—de poco puede servirle á Pisón, pues tiene miedo hasta de su sombra.

—Vestinio es supersticioso y teme los sueños y los fantasmas; pero en lo demás es hombre animoso, y no me parecería mal que se le nombrase cónsul. Cierto, no aprueba la persecución de los cristianos; pero no creo que tengas tú derecho á hacerle cargos por ello, pues también estás interesado en que se ponga fin á estas atrocidades.

—No por mí, sino por Vinicio—respondió Petronio.—Quisiera salvar á una muchacha cristiana á quien mi sobrino ama con delirio; mas no puedo, porque he caído de la gracia de *Barbarroja*.

—Pero... ¿no has observado que el César busca de nuevo tu amistad? No es difícil adivinar el motivo... Como se dispone á emprender el tantas veces anunciado viaje á Grecia, necesita quien le aconseje, y no se le oculta que únicamente tú tienes las cualidades para ello necesarias. Este es el motivo de que te devuelva su amistad y su favor.

—Podría servirle para esto Lucano.

—*Barbarroja* le odia, y estoy bien seguro de que en su fuero interno ha decidido ya deshacerse de él. Le falta únicamente el pretexto, pues ya sabes que Nerón no comete ningún crimen sin fundamento real ó ficticio. Lucano lo sabe, y comprende la necesidad de apresurarse.

—¡Voto á Cástor!—exclamó Petronio.—Es muy posible. Pero yo tengo otro medio de conquistar el favor de *Barbarroja*.

—¿Cuál?

—Referirle todo cuanto me acabas de decir.

—¡Yo no he dicho nada!—exclamó, turbado, Scevino. Petronio le puso una mano en el hombro.

—Has dicho que el César estaba loco, has dejado entrever el propósito de reemplazarlo por Pisón, y, finalmente, has ma-

nifestado que Lucano comprende la necesidad de... apresurarse... ¿Qué significa esto, carísimo?

Scevino palideció. Estuvieron ambos interlocutores mirándose un momento de hito en hito, en silencio.

—Tú no me harás traición—dijo al cabo Scevino.

—¡Lo juro por Ciprea!... Poco me conoces si sospechas que yo he de venderte. No, no te haré traición... Nada he oído; pero nada quiero oír tampoco... ¿comprendes?... La vida es demasiado breve para emprender negocios que nos absorban la atención y nos den quebraderos de cabeza. ¡No, no! ¡Dejadme en paz! Solamente voy á hacerte un ruego, y es que sin pérdida de tiempo te dirijas á casa de Tigelino y te estés hablando con él un espacio de tiempo exactamente igual al que has estado hablando conmigo... por supuesto, de lo que te acomode.

—¿Con qué objeto?

—Para que, cuando me diga: «Scevino estuvo en tu casa», pueda yo responderle: «El mismo día estuvo en la tuya.»

Al oír esto Scevino rompió el bastón de marfil que llevaba en las manos, exclamando:

—¡Este bastón conjure el peligro! Iré en seguida á casa de Tigelino y después al banquete que da Nerva. Irás tú también, ¿verdad?... En otro caso nos veremos pasado mañana en el anfiteatro, donde se dará muerte á los pocos cristianos que quedan en las cárceles. ¡Hasta la vista!

—¡Pasado mañana!—repitió Petronio cuando estuvo sólo. —No hay tiempo que perder... *Barbarroja* necesita de mis consejos en el viaje á Grecia. Es posible, pues, que se avenga á pactar conmigo.

Y decidió hacer la última tentativa.

En casa de Nerva, el mismo César exigió que Petronio se sentara á su lado, porque deseaba consultarle acerca de cuales eran las ciudades en donde podría cantar en público con más seguridades de éxito. Nerón temía especialmente á los atenienses. Los augustales escuchaban con suma atención, para coger al vuelo alguna idea de Petronio y repetirla después como propia.

—Páreceme como si hasta hoy realmente no hubiese vivido y que he de venir al mundo en Grecia—dijo el Emperador.

—Vendrás al mundo para conquistar nueva é inmarcesible gloria: la inmortalidad—respondió Petronio.

— Así lo creo yo, y creo también que Apolo no se me mostrará envidioso; pues si regreso coronado de laurel le ofreceré una hecatombe como jamás se ha ofrecido á ningún dios.

Scevino declamó los versos de Horacio:

Sic te diva potens Cypri,
Sic fratres Hælenæ, Lucida siderat,
Ventorumque regat Pater,

— La nave me espera en Nápoles — añadió el César. — Quisiera marchar mañana mismo.

Entonces Petronio, con los ojos fijos en el rostro de Nerón, dijo:

— Permítame, ¡oh, divino! que antes de partir celebre un banquete nupcial, al que, en primer término, te invito á tí.

— ¿Un banquete nupcial?... ¿un banquete nupcial? — preguntó, azorado, Nerón.

— El de Vinicio con la hija del rey de los ligios. Verdad que en este momento se halla encarcelada; pero no lo es menos que por su calidad de rehén no debiera estarlo; que tú mismo ordenaste á Vinicio casarse con ella y que tus órdenes, como las de Júpiter, son irrevocables. Manda, pues, ponerla en libertad, y yo en seguida la devolveré al esposo.

La fría tranquilidad de Petronio turbó á Nerón, como le ocurría siempre que alguien le hablaba de semejante manera.

— Lo sé — respondió el César, bajando los ojos — y he pensado en ella y en el gigante matador de Crotón.

— Entonces ambos deben quedar en libertad — concluyó tranquilamente Petronio.

Pero Tigelino acudió en auxilio del César:

— Esa muchacha está encarcelada por orden del Emperador, y tú mismo, Petronio, acabas de decir que sus órdenes son irrevocables.

La historia de Ligia y de Vinicio era bien conocida de todos los presentes, y no hay que decir cuanto interés pondrían en saber como terminaría el diálogo.

— Está en la cárcel por un error tuyo, por efecto de tu ignorancia del derecho de gentes; pero contra la voluntad del César — contestó Petronio, recalcando las palabras. — Tú, Tigelino, las más de las veces eres un cándido; pero no creo que ahora pongas empeño en afirmar que esa muchacha incendió á Roma, pues el César no daría crédito á tus palabras.

El Emperador había logrado vencer su turbación y entornaba los ojos miopes con una expresión de perversidad inconfundible.

— Petronio está en lo cierto — dijo —; y como Tigelino le mirara estupefacto, repitió:

— Petronio está en lo cierto. Mañana se abrirán para esa muchacha las puertas de la cárcel; por lo que respecta al banquete nupcial, hablaremos de ello pasado mañana en el anfiteatro.

— También he perdido esta vez — pensó Petronio.

Y en cuanto llegó á su casa, bien convencido de que la muerte de Ligia era inevitable, ordenó á un liberto de su confianza que fuera al anfiteatro para ponerse de acuerdo con los esclavos encargados del servicio del *Spoliarium* respecto al cadáver de Ligia, pues deseaba entregarlo á Vinicio.

III

En la época de Nerón se pusieron en moda las representaciones nocturnas en los anfiteatros, antes muy raras y reservadas para casos excepcionales. Los cortesanos gustaban de ellas porque generalmente iban seguidas de banquetes y orgias que se prolongaban hasta el amanecer.

Si bien el pueblo estaba ahito de sangre, bastó la noticia de hallarse los espectáculos circenses próximos á su fin y de que serían ejecutados en el de aquella noche los últimos cristianos, para que un gentío enorme invadiese las gradas. De los augustales no dejó de concurrir ni uno solo, sospechando que el espectáculo sería extraordinario é interesantísimo, pues además de lo que ocurriera en la arena, podrían presenciar la tragedia de la desesperación de Vinicio. Tigelino mantenía en secreto el género de martirio reservado á la desposada del noble tribuno, y esto contribuía á excitar la curiosidad universal. Cuantos habían visto á Ligia en casa de los Aulo se hacían lenguas de su belleza. Muchos dudaban de su aparición en la arena porque la respuesta del César á Petronio en el festín de Nerva era interpretada de dos maneras muy distintas, y algunos recordaban la libertad otorgada á los rehenes de adorar á la divinidad que se les antojase y la prohibición de castigar-